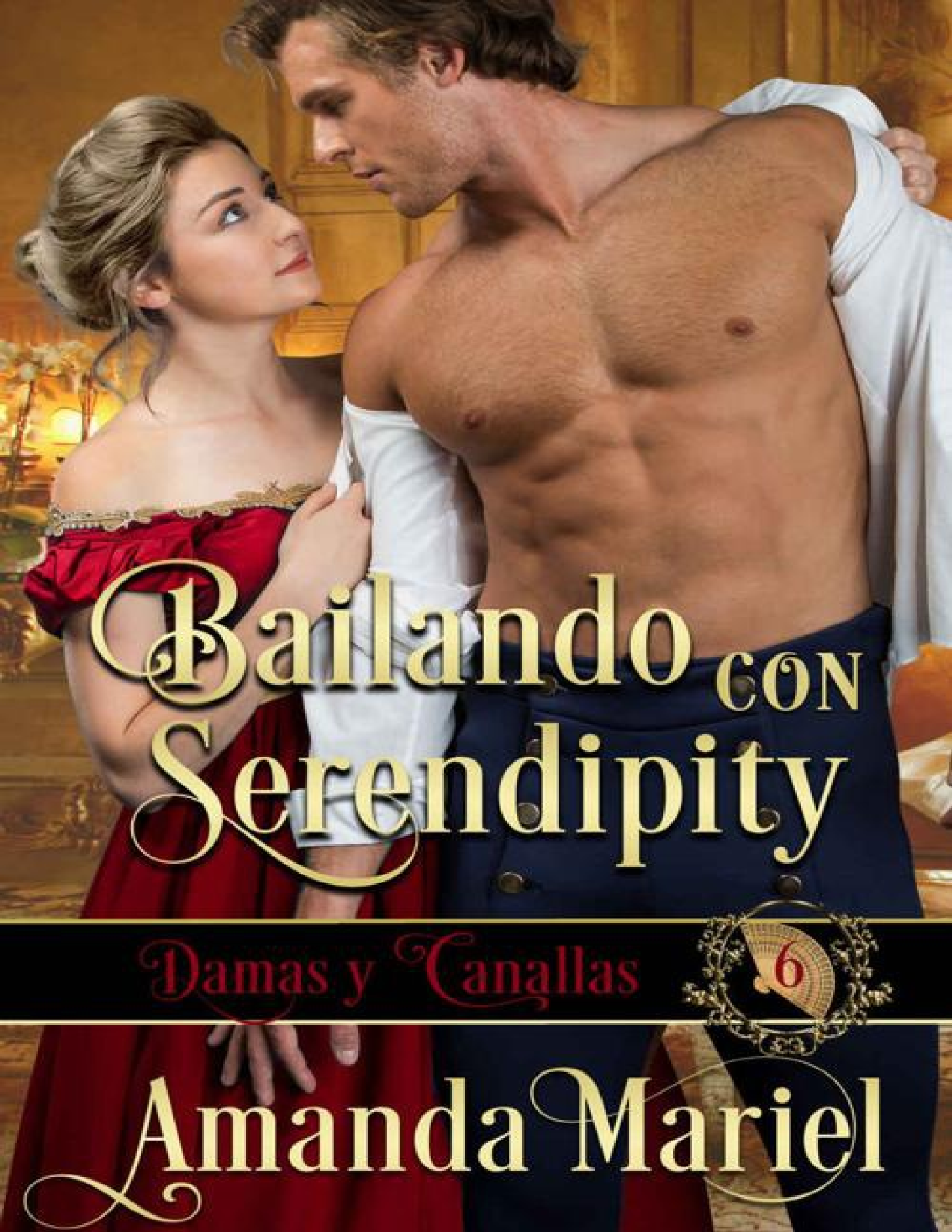


A romantic scene between a man and a woman in period clothing. The man is shirtless, showing his muscular torso, and is holding a white shirt over his shoulder. He is looking down at the woman. The woman is wearing a red off-the-shoulder dress and is looking up at him. The background is a warm, golden-brown color, suggesting an indoor setting with wood paneling.

Bailando con Serendipity

Damas y Canallas



Amanda Mariel

Bailando con Serendipity

DAMAS Y CANALLAS

AMANDA MARIEL

TRADUCIDO POR
DIANA ZAMORA CUESTA

Índice

[Preámbulo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Un canalla para conquistar](#)

[Prólogo](#)

[Sobre la autora](#)

[Agradecimientos](#)

Créditos

Esta es una obra de ficción. Los nombres, los personajes, las organizaciones, los lugares, los acontecimientos e incidentes son obra de la imaginación del autor o se utilizan en forma ficticia.

Copyright © 2020 Amanda Mariel

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor.

Publicado por Brook Ridge Press

Preámbulo

La señorita Serendipity Shaw, la sensación del ballet americano, ha viajado a Inglaterra invitada por la duquesa de Abernathy y su marido, el señor Lewis Duffield. Ha venido para disfrutar de la temporada navideña inglesa, pero cuando conoce al apuesto y taciturno conde de Dayton, todo cambia.

A Wesley Jackson, el conde de Dayton, nunca le ha gustado la Navidad. Cuando su amigo íntimo lord Luvington le apremia a que acuda a una fiesta de Navidad, acepta la invitación a pesar de sus reservas. Sin tener ni idea de que también acudirá a la fiesta una belleza americana cuya dulce sonrisa va a poner a prueba sus defensas.

Serendipity, decidida a acercar la magia de la Navidad a la vida del conde, aprovecha cada oportunidad que se le pone por delante. Cuanto más tiempo pasan juntos, más se enamora de él. Nunca planeó entregarle su corazón a Wesley. Pero ahora que lo ha hecho, su intención es que él le entregue el suyo.

¿Podrá derretir su helado corazón antes de que acabe la Navidad y tenga que regresar a América?

Uno

Londres, Inglaterra, 1824

Wesley Jackson, conde de Dayton, no podía desviar la mirada. Sabía que no debía de quedarse mirando tan descaradamente a la mujer que actuaba. Después de todo, no era de buena educación comerse con los ojos a alguien. Y sus acciones podían considerarse incluso más graves al tener en cuenta que la mujer que lo tenía hechizado estaba bajo la protección de los anfitriones. Todavía peor era pensar que los anteriormente mencionados podían ser amigos.

Aun así, no podía apartar la mirada.

Quizá no tuviera tanta importancia. La mujer estaba actuando. Puede que su Excelencia y el señor Lewis Duffield hubieran contratado a la joven, que seguiría estando bajo su protección, pero no completamente fuera de su alcance.

Siguió con la mirada cada paso que daba mientras bailaba por el salón de la duquesa, su cuerpo moviéndose y girando de las maneras más exquisitas. Siguió con la mirada el contorno de su cuerpo esbelto, deteniéndose en el abultado pecho, y luego en la curva de sus caderas. Era una muchacha vivaz, de baja estatura y delgada, pero no le faltaban cualidades femeninas.

Al menos, no a su juicio.

La chica hizo una pirueta, separando las rodillas con los brazos extendidos y la cabeza inclinada. Los rizos dorados recogidos sobre su coronilla resplandecieron a la luz de las velas, como si su cabello estuviera compuesto por hilos de oro. Los dedos de Wesley ansiaron tocarlo.

—¿Quién es? —preguntó en voz baja y áspera. Incluso mientras lanzaba la pregunta, su mirada estaba fija en la mujer. Era como si con su baile le hubiera lanzado un hechizo, cada movimiento fluido lo cautivaba cada vez más.

—No es lo que piensas —respondió su viejo amigo Richard, duque de Goldstone—. De hecho, harías bien en quitártela de la cabeza, porque es la hija de los queridos amigos de mi tía.

—¿Entonces es americana?

—Sí, y además pertenece a una prestigiosa familia.

Wesley no sabía bien por qué, pero sonrió cuando le dio la información, con toda su atención puesta en la chica danzarina que giraba sobre el improvisado escenario.

—¿Quién es su familia?

—Se apellidan Shaw, y valen más que tú y que yo juntos. Y es más, es una chica alegre e

inteligente. Demasiado para tu carácter agrio. —Goldstone dio una palmada en el hombro de Wesley—. No está para devaneos. Olvídala.

Por primera vez, Wesley apartó la mirada de la muchacha y miró a su amigo a los ojos.

—¿Te refieres a que tiene el doble de riqueza que nosotros?

Si eso fuera cierto, todos los cazafortunas de Inglaterra se apelotonarían a su alrededor como un enjambre de abejas desesperadas por miel. A Wesley se le erizó el vello al pensar algo tan perturbador, aunque el por qué le preocupaba seguía siendo un misterio.

Ni siquiera conocía a la chica.

—El doble como mínimo, eso seguro —dijo Goldstone, mientras apartaba la mano del hombro de Wesley—. Vamos a tomar un whiskey, Dayton.

—Tenía pensado ir a la sala de juegos.

—Es el sitio perfecto para beber.

Goldstone se volvió hacia la puerta del salón.

La mirada de Wesley volvió a posarse sobre la mujer, sus entrañas retorciéndose por una necesidad que debía negar, y tragó saliva.

—Debo decir que tienes razón.

Se giró y caminó junto a Goldstone mientras salían de la estancia.



Cuando terminó la actuación, la señorita Serendipity Shaw hizo una reverencia. Mientras los espectadores aplaudían, se aproximó a Grace, o la duquesa de Abernathy como la conocían en Inglaterra.

La duquesa y los padres de Serendipity eran muy amigos, y por este motivo, sus padres habían permitido a Serendipity viajar a Inglaterra para pasar las fiestas navideñas con la duquesa y su esposo, el señor Duffield.

Sus padres tenían asuntos que atender en otro país durante las fiestas, y no les gustaba la idea de dejar sola a Serendipity. Estaba agradecida por la amabilidad de sus padres, y aunque los echaría mucho de menos, la emocionaba haber sido invitada a la fiesta de Navidad de la duquesa.

En sus veinte años, nunca había salido de América y vio esta oportunidad como una gran aventura. No solo podía visitar Inglaterra y disfrutar de las tradiciones del país, también podía bailar. Le encantaba el ballet y bailaba con ilusión cada vez que Grace se lo pedía.

Le dedicó a la duquesa una brillante sonrisa según se acercaba.

—Bien hecho, querida —dijo Grace con una sonrisa en sus labios—. Diría que has cautivado a los invitados.

—Sin duda —coincidió Amelia, la duquesa de Goldstone.

Lady Sarah, la marquesa de Luvington, asintió.

Serendipity no podía estar segura del todo, pero creía haber llamado la atención de un caballero en especial. El hombre alto, de cabello oscuro, situado al lado del sobrino de la duquesa y que la había estado mirando como si fuera la única persona de toda la sala. Había sido tan descarado que muchos lo considerarían de mala educación. Sin embargo, a Serendipity le resultaba emocionante.

Su sonrisa se amplió.

—Gracias, su Excelencia.

—No me hables tan formal. —Grace sacudió la cabeza—. Ya sabes que no me gustan los formalismos. No creas que porque estamos en Inglaterra me tienes que llamar por mi título.

Siempre he sido Grace para ti, y Grace es como me debes llamar.

—Si insistes.

—Por supuesto —asintió Grace.

—Por lo que parece, ya eres una de nosotras —dijo la duquesa de Goldstone entrelazando su brazo en el de Serendipity—. Ven, vamos a conocernos mejor, porque si Grace te estima tanto, estoy segura de que Sarah y yo también lo haremos.

Serendipity se rio, y luego deslizó la mirada por la sala, preguntándose si el caballero, que la había observado bailar con tanto interés, había regresado. Apenas se percató de que se marchó mientras bailaba, y no pudo evitar sentirse decepcionada cuando lo hizo.

No había señales de él en el salón, así que Serendipity volcó su atención en la duquesa de Goldstone.

—Me encantaría.

Grace hizo un gesto con la mano para animarlas a que se marcharan mientras su marido Lewis se aproximaba.

—Entonces, vamos. Pasadlo bien.

La duquesa de Goldstone apoyó su mano en el brazo de Serendipity.

—Deberíamos ir al salón azul, que hay menos gente.

Serendipity lanzó a Grace una gran sonrisa mientras la duquesa de Goldstone y la marquesa de Luvington marcaban el camino. Sabía lo mucho que Grace apreciaba a ambas damas y estaba deseando conocerlas mejor. Además, la edad de las dos damas se acercaba mucho más a la de ella que la de Grace. Lo más probable es que Serendipity pudiera encontrar cosas en común con ellas.

Quizá podrían presentarle al misterioso caballero. Seguramente lo conocían, ya que se había marchado con el esposo de la duquesa de Goldstone. La idea hizo que un escalofrío le recorriera la columna vertebral. Nunca nadie la había mirado como lo había hecho aquel hombre, y sentía curiosidad por saber más de él.

Mientras las damas la guiaban por el pasillo, su mirada pasaba de la una a la otra, preguntándose si la considerarían demasiado lanzada si les pedía que se lo presentaran.

Antes de que Serendipity pudiera decidirse, giraron y se adentraron por otro pasillo. Y allí estaba. Sus miradas se encontraron. Un torrente de calidez recorrió su cuerpo al ver sus ojos cacao oscuro, a pesar de su aspecto melancólico.

El hombre dio un paso hacia adelante, con su mirada fija en ella incluso mientras hablaba con la duquesa.

—Su Excelencia, ¿no me va a presentar a su nueva amiga?

La duquesa se giró hacia Serendipity, con la duda reflejada en sus ojos azules.

Serendipity le dio permiso con un leve asentimiento, entonces la duquesa volvió a enfocar la vista en la pareja de caballeros.

—Lord Dayton, me complace presentarle a la señorita Serendipity Shaw.

El hombre se aproximó y agarró la mano de Serendipity, presionando los labios en sus nudillos. Un escalofrío le recorrió la mano, a pesar del guante que cubría su piel. Cuando se incorporó, la miró a los ojos y dijo:

—El placer es mío.

Las mejillas de Serendipity se acalararon.

—Es muy amable, milord.

—No permitas que te engañe —dijo lady Luvington, y sacudió la cabeza hacia lord Dayton—. Nos dirigíamos al salón azul. Si nos disculpan —añadió.

—Nos encantaría unirnos —dijo lord Dayton, con sus ojos cacao oscuro fijos en Serendipity
—. ¿Qué opinas, Goldstone?

Das

Wesley se sentó en un sillón orejero con las piernas extendidas, una encima de la otra, mientras observaba la señorita Shaw hablar como una cotorra a lady Sarah y a la duquesa de Goldstone. El duque se quedó de pie con un hombro apoyado a en la pared, al lado del sofá donde se había sentado su mujer.

Apenas estaba siguiendo la conversación ya que estaba demasiado ocupado observando a la señorita Shaw como para preocuparse de lo que decían. Un error que salió a relucir cuando la señorita Shaw enfocó sus ojos verdes en él y enarcó una inquisitiva ceja dorada.

Wesley se aclaró la garganta y dijo:

—Lo siento, me temo que estaba distraído.

Ella sonrió, sus ojos relucían.

—He preguntado cuál es tradición navideña favorita.

—Ninguna —respondió. Wesley no tenía mucha experiencia con esta fiesta ya que sus padres no solían celebrarla. Por supuesto, quemaban el tronco de Navidad y decoraban la casa con arcos de vegetación. Pero no hacían mucho más durante la fiesta, él tampoco. Como adulto, directamente la ignoraba, hasta ahora.

Goldstone había insistido en que Wesley acudiera a la fiesta de Navidad que la duquesa de Abernathy y el señor Duffield celebraban en su casa. Wesley accedió en un momento de locura.

El verde primaveral de los ojos de la señorita Shaw se oscureció a la vez que la sonrisa desaparecía de sus labios.

—Qué triste. —Se inclinó hacia adelante con el rostro iluminado—. ¡No tema! Para la noche de Reyes tendrá bastantes. Me encargaré de que así sea.

—Desde luego —dijo Goldstone con voz cansada mirando a Wesley.

Lord Dayton estuvo a punto de emitir un gruñido. Era verdad que la señorita Shaw le parecía una mujer exquisita, pero tenía cero ganas, no, menos de cero, de implicarse más en esta fiesta. Aun así, le ofreció una sonrisa sutil.

—Por favor, no se moleste conmigo.

—¡Tonterías! —dijo ondeando una mano desdeñando sus palabras—. Adoro la Navidad. Me encantaría enseñarle lo maravilloso que es esta fiesta.

—No es necesario, de verdad —respondió Wesley, intentando disuadirla una vez más.

La muchacha sacudió ligeramente la cabeza.

—Insisto. —Se giró hacia las otras mujeres—. Creo que un paseo en trineo es la mejor forma de empezar. Su Excelencia y el señor Duffield han dado la orden de preparar varios trineos mientras hablamos. —Se levantó, provocando que lord Dayton se levantara también y que el duque enderezara su postura—. Vamos a prepararnos también.

—Me temo que no puedo acompañaros —dijo lady Sarah levantándose—. Tengo planes con mi esposo. —Dirigió su mirada hacia la puerta—. De hecho, debería irme. Si me disculpan.

La señorita Shaw se giró con una brillante sonrisa hacia el duque y la duquesa de Goldstone.

—¿Y ustedes?

La duquesa se giró hacia el duque e hizo una mueca.

—Nosotros también tenemos planes.

—No importa —dijo la señorita Shaw, su tono seguía repleto de alegría—. No se necesita de una multitud para disfrutar de un paseo en trineo. —Hizo una pausa y dirigió la mirada hacia Wesley—. ¿Y usted?

Intentó negarse desesperadamente, pero no fue capaz. En su lugar, asintió poco entusiasmado.

—¡Cielos! Es solo un paseo en trineo. Le prometo que lo va a disfrutar —dijo la señorita Shaw.

Él sonrió, una pequeña pero genuina curvatura en sus labios.

—Confío en que haga lo posible para que así sea.

—Puede contar con ello —dijo y se dirigió hacia la puerta—. Necesito ir a por mi manguito y pelliza. Le veré en el vestíbulo en diez minutos.

Wesley asintió, y vio cómo salía de la sala de estar contoneando sus caderas. Lo cierto era que no quería pasear en trineo, pero sí deseaba seguir en compañía de la mujer. Dejó caer los hombros, resignado.

Goldstone le dio una palmada en la espalda.

—Intenta no parecer tan disgustado.

—Puede que te diviertas —añadió la duquesa.

—Claro —dijo Wesley. Apartó la mano de Goldstone y se marchó para coger su sombrero y su abrigo.



Serendipity se sentó en el trineo y colocó los pies cerca del ladrillo caliente. Pequeños y delicados copos de nieve bailaban en el aire y creaban un ambiente festivo, mientras ella centraba su atención en lord Dayton.

—He montado muchas veces en trineo. Normalmente, después del paseo suelo tomar una taza de chocolate caliente. ¿Le gusta el chocolate?

—Prefiero el brandy —dijo y miró a los otros dos trineos preguntándose si alguien más se les acompañaría.

—¿Y el vino especiado? —preguntó ella.

Wesley sonrió.

—Solo si no hay brandy.

—¡Vaya! Es usted muy difícil.

Le dirigió una sonrisa burlona.

—Dice la mujer que insiste en salir con este tiempo.

—Vamos, lord Dayton —dijo con una sonrisa traviesa—. El tiempo es perfecto.

—Sí, perfecto para coger un catarro de muerte —replicó él.

Serendipity dio una palmada con las manos dentro de su manguito de piel de conejo.

—Hace un aire frío agradable, y la nieve está preciosa. Yo lo encuentro refrescante.

El trineo comenzó a moverse cuando los caballos comenzaron a tirar, deslizándolo por el

suelo cubierto de nieve. Serendipity se echó a reír mientras se agarraba a su asiento.

—¿Alguna vez ha tenido una pelea de bolas de nieve?

—No.

—¿Y ha hecho un muñeco de nieve?

Él negó con la cabeza.

—No.

Serendipity se mordisqueó el labio inferior. Le parecía muy triste que nunca hubiera experimentado esas cosas. ¿Ni siquiera cuándo era un niño? Seguramente sus amigos jugaran a juegos de niños. ¿Por qué él no?

—¿Ha hecho un ángel en la nieve?

Lo volvió a intentar.

—Desde luego que no —respondió él.

Incapaz de reprimir su curiosidad, preguntó:

—¿Y por qué no?

—No está bien visto para un futuro conde —dijo con un tono de voz llena de convicción.

Serendipity sacudió la mano.

—Sandeces.

Lord Dayton estrechó la mirada.

—Eso dígaselo a mis padres.

—Nada de eso tiene importancia. —Sonrió con picardía—. Dígame, milord, ¿y está bien visto para alguien que ya es conde?

—No —dijo sacudiendo la cabeza.

—Eso ya lo veremos —dijo Serendipity ladeando ligeramente la cabeza y alzando la barbilla en señal de desafío. Llegó a la conclusión de que a lord Dayton le faltaba vivir experiencias emocionantes, y se propuso cambiar eso.

Se dirigió al cochero y gritó:

—¡Pare el trineo!

Lord Dayton se impulsó hacia delante cuando el transporte se detuvo. Fijó una mirada de curiosidad en Serendipity y preguntó:

—¿Qué significa esto?

—Voy a jugar con la nieve. —Se quitó el manguito y se puso de pie—. Y usted también.

—Ah, no —dijo sacudiendo la cabeza.

Antes de que pudiera impedirselo, ella se apeó del trineo. Riéndose, le miró.

—No sea aguafiestas.

Wesley siguió sentado en el trineo, mirándola fijamente.

—Se va a congelar. Sus mejillas ya están rosadas. Venga, regresemos a la casa.

—Mis mejillas están estupendamente. Ahora, venga usted aquí.

Lord Dayton se inclinó hacia el borde del trineo y extendió una mano.

—Preferiría que viniese usted aquí.

Ella soltó el aire que había en sus pulmones, dejando un rastro de vaho.

—Muy bien. Lo haremos por las malas.

Se agachó, y entonces cogió un puñado de nieve entre sus manos.

—¿Qué está haciendo? —preguntó, su tono una mezcla de irritación y curiosidad.

Serendipity no se iba a dejar intimidar. Presionó la nieve en una bola, entonces levantó el brazo en el aire, sus dedos enguantados envolviéndola.

—Voy a lanzarle una bola de nieve.

—¡Ni se le ocurra! —exclamó justo cuando lanzaba su primer ataque.

La bola de nieve le golpeó en el hombro y estalló en una nube polvorienta. Serendipity se reía mientras preparaba una nueva bola, y entonces le miró.

—No se atreva —le ordenó, pero ella pudo identificar algo de humor en su tono.

En lugar de echarse atrás, levantó el brazo y lanzó su proyectil. Para cuando tenía la tercera bola hecha, lord Dayton ya estaba en la nieve. Ella apuntó a su brazo pero falló, y la bola explotó contra un árbol cercano.

Lanzó una cuarta que dio de pleno en su pecho.

—Vamos, lord Dayton, defiéndase —gritó cuando lanzaba la quinta.

Una vez más, dio en el blanco, y la bola de nieve se reventó en una nube polvorienta contra su hombro.

—Muy bien, chica descarada. Si le complace, yo también jugaré. —Agarró un puñado de nieve en sus grandes manos y comenzó a formar una bola—. Pero debo advertirla, tengo una excelente puntería.

Echó su brazo hacia atrás y lanzó una bola blanca llena de bultos.

Ella chilló y se apartó de la trayectoria del proyectil antes de volver a mirarle. Cuando se inclinó para hacer otra bola, le golpeó justo en la rabadilla.

Y pasaron los siguientes minutos, tirándose bolas de nieve el uno al otro. Algunas daban en su objetivo, otras se estrellaban contra árboles, arbustos o el suelo. Cuando Serendipity falló una y le dio de pleno al cochero, se aguantó la risa pero se dio cuenta de que lord Dayton se estaba riendo.

En el extremo de sus ojos marrones aparecieron unas líneas, y su rostro se suavizó con regocijo.

Ella sonrió triunfante.

—Parece que incluso los condes pueden disfrutar de una pelea de bolas de nieve. —Serendipity se acercó a él—. ¿No está de acuerdo?

—Nunca —dijo sacudiendo la cabeza y entonces lanzó otra bola de nieve.

—Muy bien.

Se sentía orgullosa y se estaba divirtiendo mucho, volvió a formar otra bola y lanzó su contraataque.



Wesley no recordaba habérselo pasado tan bien nunca, pero lo bueno nunca dura para siempre. Listo para dejar atrás las travesuras infantiles, soltó la bola de nieve y se sacudió las manos enguantadas.

—Creo que ya es hora de que volvamos a la casa. Seguramente esté congelada. ¿Quizá podríamos tomar el chocolate caliente del que habló antes?

Los ojos de la señorita Shaw brillaron, en su rostro una amplia sonrisa.

—¿Ahora quiere el chocolate? Pensé que solo le gustaba el alcohol, milord.

—Me gusta cualquier cosa que me permita llevarla de vuelta.

Extendió una mano, invitándola.

Ella lo miró con un brillo travieso en sus ojos verdes.

—¿Entonces se da por vencido?

Wesley la miró, asombrado por su tenacidad. Algo le decía que la muchacha no volvería si

antes no admitía que los condes podían disfrutar de las peleas de bolas de nieve. Aun así, no podía permitir que se saliese con la suya, al menos, no tan fácilmente. Él negó con la cabeza.

—Por supuesto que no.

La picaruela echó el brazo hacia atrás y lanzó otra bola. Le dio en el pecho, la nieve embadurnó su abrigo y le salpicó en el rostro.

—Admítalo —exigió ella.

—No —dijo él con voz firme.

La muchacha volvió a lanzar otra bola de nieve, esta vez le dio en el estómago.

—Admita que le gusta jugar en la nieve.

Como no respondía, volvió a formar otra bola.

—Espere —dijo levantando una mano—. Usted gana.

Ella echó el brazo hacia atrás, preparándose para lanzar otro ataque.

—Dígalo.

Ella sonrió triunfante.

—Me gustan las peleas de bolas de nieve.

Su sonrisa se amplió.

—Y va a disfrutar de todos los planes que tengo en mente.

Dejó caer la bola de nieve y aceptó su brazo.

Wesley no dejaba de preguntarse cuáles serían esos planes mientras se acercaban al trineo y la ayudaba a montarse. Algo le decía que no tenía ninguna posibilidad frente a su entusiasmo y tenacidad. Lo raro de todo, es que no le importaba.

Quizá Goldstone tenía razón, y le vendría bien a Wesley dejarse llevar por las travesuras de la señorita Shaw. Puede que hasta sorprendiera a la muchacha.

Tres

La mayoría de invitados había preferido quedarse al resguardo del calor de la casa cuando salieron con los trineos. A su regreso, Serendipity descubrió que estaban cantando villancicos en el salón. Se preguntó si lord Dayton habría ido a esa sala.

Apostaría a que no, pero eso tenía fácil solución. Cuando confirmara que no estaba en la sala, iría a buscarle con chocolate caliente.

—¡Oíd! Los ángeles mensajeros cantan, gloria al rey recién nacido... —La letra de la canción llenaba sus oídos al igual que su alma, mientras se aproximaba al salón. No pudo resistirse y bailó por el pasillo mientras cantaba—. Paz en la tierra, y misericordia afable...

Se paró en seco, mientras la canción se escapaba de sus labios, entró en la sala y encontró a lord Dayton de pie junto a la mesa de refrigerios. El conde posó su mirada en ella, y antes de que ella pudiera reaccionar, él se le acercó con dos tazas en las manos.

Salió de su ensimismamiento y caminó hacia el interior de la sala, esbozando una pequeña sonrisa en sus labios. El conde se encontró con ella en el centro de la sala y le hizo una pequeña reverencia.

—Para usted, señorita Shaw.

Le entregó una taza.

Serendipity hizo otra reverencia y aceptó la ofrenda. Miró a la taza de chocolate y le sonrió.

—Gracias. —Dio un sorbo pequeño, degustando el sabor dulce en su lengua, y luego volvió a enfocar su mirada en él—. ¿Puedo preguntar qué hay en su taza?

—Chocolate, por supuesto —dijo, aunque en su tono no se apreciaba disgusto.

—¿Y le gusta?

—Confieso que le he añadido un chorro de whiskey. —dijo con una risita.

Serendipity se echó a reír.

—Es usted incorregible.

—Aunque eso sea cierto, debo confesar que esta bebida me gusta. Creo que a partir de ahora voy a añadirla a mi menú.

—Espero que así sea. —dijo Serendipity guiñándole un ojo.

Él se volvió a reír, sus facciones se suavizaron cuando una luz resplandeció en lo profundo de sus ojos oscuros.

—Tengo la extraña sensación de que voy a empezar a incorporar a mi rutina muchas cosas nuevas si sigo acompañándola.

—Eso sería muy buena idea. —Enlazó su brazo en el de él—. Ahora, vamos a cantar.

El conde sacudió la cabeza.

—Prefiero escuchar.

—Justo cuando parecía que se había abierto a nuevas experiencias... —Le lanzó una mirada desafiándolo— se vuelve usted cabezota otra vez.

—En absoluto —dijo.

—¿Entonces cómo llamaría usted a su negativa?

—¿Negativa? —Enarcó una ceja oscura—. Estoy aquí, ¿no es así? Además, bebiendo chocolate. Yo diría que estoy más que dispuesto.

—Le concedo que está ligeramente dispuesto en la mayoría de los casos. —Le apretó un poco el brazo—. Demuéstreme que me equivoco.

Wesley la observó por encima del borde de la taza.

—Puede que con el tiempo.

A Serendipity no le gustó su respuesta, pero al menos no rechazó del todo la idea. Comenzó a cantar.

—Buenas noticias os traemos a vosotros y vuestros parientes... —Deslizó la mirada por toda la sala mientras seguía cantando, y luego su mirada se posó en él—. Buenas noticias nuevas por Navidad...

Mientras cogía aire, asintió intentado animarle para que cantara con ella

—Porque a todos nos gusta el pudín de higo... —Continuó la canción. No la acompañó, pero su sonrisa se amplió cuando ella comenzó a moverse al ritmo de la canción.

Cuando cantó el último verso, soltó su brazo y se situó frente a él.

—Una estrofa. Cante una conmigo, o le presionaré.

El conde sacudió la cabeza.

—Muy bien. Entonces un verso.

—¿Si canto dejará usted de insistir?

Serendipity miró en dirección al piano, donde lady Sarah se estaba preparando para tocar el siguiente villancico.

—Por supuesto.

—¿Y si no quiero que deje de insistir? —preguntó con un tono pícaro.

—Ahora se está burlando de mí.

—Es que disfruto haciéndolo.

Ella sacudió la cabeza.

—Muy bien, si canta usted un verso, le daré algo a cambio.

—¿Lo que quiera?

Serendipity lo miró estrechando los ojos.

—Dentro de lo razonable.

Wesley asintió con firmeza.

—Acepto el trato, señorita Shaw.

Sus palabras, pronunciadas con un tono grave y ronco, enviaron pequeñas vibraciones a través de su cuerpo. Durante un instante, perdió la capacidad de hablar. Fue una cosa muy extraña. Sin embargo, en cuanto la música empezó, cantó los versos con entusiasmo.

—¡Regocijad! Jesús nació... —Sintió alivio cuando lord Dayton comenzó a cantar, y le invadió una súbita alegría cuando vio que continuó durante toda la canción. El hombre tenía espíritu navideño, estaba deseando experimentar la magia y la alegría de la fiesta. Podía verlo claramente en su expresión y lo escuchaba en su voz.

Entonces, ¿por qué se había resistido tanto?

Apenas había comenzado a reflexionar sobre todo, cuando él le cogió la mano y envolvió su codo con ella.

—Creo que me voy a cobrar mi recompensa ahora.

—¿Y qué me va a pedir, milord?

Le quitó la taza de la mano, y la guio por el pasillo.

—Un paseo por el invernadero.

Una ligera emoción le recorrió el cuerpo a Serendipity mientras él depositaba las tazas en la bandeja de un lacayo: eso y una idea completamente diferente.

Cuatro

Wesley observó a la señorita Shaw entrar en el invernadero. El recinto era cálido, y para su sorpresa, la duquesa de Abernathy lo había cubierto de vegetación. Había incluso un gran árbol de hoja perenne adornado por Navidad en el centro.

El rostro de la señorita Shaw se iluminó cuando lo vio, y él no pudo evitar sentir alegría al ver su expresión.

—¿Quiere verlo más de cerca?

—Sí, por supuesto —dijo ella, acelerando el paso—. Me encantan los árboles de Navidad. —Le dirigió una mirada especulativa—. ¿Suele su familia adornar árboles?

—Lo hacen nuestros sirvientes. O bueno, lo hacían cuando mis padres aún vivían. Yo no me he molestado en hacerlo en los últimos años.

—Qué triste —dijo ella, volviéndose hacia él.

—Para nada. —La cogió de la mano y se acercaron hasta el árbol—. Mis sirvientes prefieren tener vacaciones durante las fiestas.

—¿Y qué hay de usted? —preguntó ella, con el corazón en un puño—. ¿Cómo suele pasar la Navidad?

—Solo en mi casa. Excepto por un par de sirvientes que prefieren quedarse. Les pago un extra por las vacaciones. —Se detuvo con ella en la base del árbol—. Me gusta la tranquilidad, y mi personal disfruta de un ingreso extra o de un descanso de sus tareas. Lo que ellos decidan.

Ella deslizó su dedo por una tira de arándanos enhebrados en un hilo.

—Me imagino que sí. Sin embargo, me duele pensar en usted pasando solo la Navidad.

—No debería, es mi decisión.

Observó cómo los dedos de ella jugueteaban con los arándanos desecados, y cómo fruncía el ceño.

—Es una decisión horrible, si me permite decirlo. —Volvió a enfocar en él su mirada—. No puedo hacer nada por las Navidades pasadas, pero le aseguro que durante estas fiestas vamos hacer todas las actividades típicas. —Con un solo movimiento, colocó su mano en la corbata de él—. Y me atrevería a decir, que va a elegir celebrar la Navidad los próximos años.

—Quizá —dijo él sin convicción. Pero mientras la observaba, y el calor de su mano atravesaba su ropa, se preguntó si tendría razón. Una cosa era cierta, disfrutaba del tiempo que pasaba con ella.

—¿Me concede un baile? —preguntó ella, con los ojos iluminados—. Alrededor del árbol —añadió.

Su tendencia a discutir sin más motivo que el de escuchar las respuestas tontas que daba ella no podía competir contra la urgencia de envolverla entre sus brazos. Extendió una mano, y

cuando ella posó su mano encima, tiró para acercarla hacia él.

—Solo si bailamos a mi manera.

Ella colocó la mano en su hombro, y comenzó a tararear. Era una suave melodía que le dejó sin aliento. La guio mientras bailaban un vals modificado alrededor del árbol. Al completar la vuelta entera, la hizo girar y luego la atrajo hacia él, quedando muy cerca el uno del otro. Con su boca cerca de la oreja de ella, dijo en voz baja:

—Me gusta bailar con usted.

La señorita Shaw le miró.

—Y a mí con usted.

Y comenzó a tararear de nuevo.

El corazón de Wesley se encogió ante la declaración de ella mientras sus cuerpos se movían a la vez. Maldita fuera, la mujer tenía un gran efecto sobre él. Uno que estaba empezando a ansiar.

—Por usted, celebraríamos la Navidad con todas las actividades típicas.

Las palabras salieron de su boca antes de que pudiera pensar lo que estaba diciendo.

Ella dejó de tararear. Le dirigió una mirada cálida.

—Y yo quiero que lo haga por usted.

—¿Y qué más quiere que haga? —preguntó él, dejando de bailar y acercándola hacia él.

—Me gustaría que me acompañara a una excursión.

Estaba radiante, más hermosa que cualquier mujer que hubiera conocido.

Solo podía imaginarse lo que estaba pasando por la cabeza de la chica. Campanas de alarma sonaron en su cabeza.

—¿Es habitual en América que un hombre soltero acompañe a una mujer soltera? —la retó.

—¿Qué diferencia hay? —dijo ella, sin intentar moverse de su abrazo.

Wesley inhaló su aroma femenino de canela y vainilla.

—Su imagen puede verse comprometida.

—¿Mi imagen a ojos de los ingleses? —preguntó con un tono inocente.

—A ojos de todo el mundo —dijo él en voz baja—. Iremos acompañados.

—Suspiró mientras ella se soltaba de su abrazo—. De esa forma no tengo motivos para negarme.

—Esté preparado a las nueve de la mañana —dijo ella y luego le agarró el brazo—. Por ahora, debemos volver a la fiesta.

—¿Está usted segura? —bromeó él.

Ella asintió, en sus labios apareció una breve sonrisa.

—Bastante.

Wesley le dio unas palmadas en la mano enguantada mientras ponían rumbo a la casa principal.

—Voy a volver al salón antes de unirme a una partida de cartas con los demás caballeros.

—¿Y los juegos de salón? ¿No quiere participar?

Su pregunta le pilló desprevenido. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza participar en semejante payasada. Esos juegos eran para gente joven y poco seria. Seguramente la sala iba a estar abarrotada por gente en sus primeras temporadas. Todos participando en alguna tontería. Ni siquiera cuando era más joven había formado parte de todo eso, al menos, no por voluntad propia.

La miró con la intención de rechazar la propuesta, entonces se le fue la lengua como si tuviera mente propia.

—Si le complace, lo haré.

—Entonces decidido. —Su sonrisa se volvió más brillante mientras salían del invernadero—. La Navidad y los juegos de salón van de la mano. Ya verá.

Su entusiasmo era contagioso, porque, cuando llegaron al salón, le habían entrado ganas de jugar. Y no solo eso, también estaba deseando ganarle a algún juego y conseguir alguna recompensa a cambio. O mejor, conseguir la oportunidad de besarla. Tenía entendido que muchos juegos implicaban besos. No los pasionales que quería intercambiar con ella, sino los inocentes y castos besos de juventud. De alguna manera, no le importaba mientras sus labios se tocaran. Wesley ansiaba esa oportunidad como nunca antes.

Pero, ¿y si era otro el que conseguía besarla? ¿Podría quedarse mirando? La simple idea le puso de mal humor.

«Tonterías», se dijo a sí mismo al comenzar el primer juego. No tenía ningún derecho sobre ella, ni tampoco lo quería. Estos eran juegos inocentes, y los besos que intercambiaran eran solo eso, inocentes. Todo para pasárselo bien, nada más.

—¿Ocurre algo? —preguntó la señorita Shaw al detenerse a la entrada del salón.

—Nada, en absoluto. Solo me ha pillado distraído.

—Necesita centrarse en el juego, si no quiere perder. —Le dirigió una sonrisa para animarle—. Aunque tampoco se tiene que sentir avergonzado si pierde.

Después de una ronda a la gallinita ciega continuaron con un juego en el que se coloca un tesoro detrás de la persona elegida y los demás deben intentar robarlo, en este caso, la persona elegida fue la señorita Shaw. Tras una breve discusión, decidieron seguir con una variedad de la gallinita ciega, en la que la persona con la venda en los ojos se coloca de rodillas y es golpeada suavemente, y esta persona tiene que adivinar quién le está golpeando. Wesley estaba disfrutando de las travesuras hasta ese momento, y pretendía seguir haciéndolo.

Hasta que a la señorita Shaw le tocó colocarse la venda y apoyar su cabeza en el regazo del señor Highthorne. Wesley sintió una puñalada de celos, y apretó las manos en sendos puños. No tenía ningún derecho, y aun así se sentía indefenso ante la sensación incómoda.

Contuvo el aliento, con las manos aún apretadas mientras todos los invitados, uno por uno, se arrastraban para dar un golpecito en el hombro de la muchacha. Cuando lady Dorothy la golpeó y la señorita Shaw acertó su identidad, dejó escapar un suspiro de alivio. Su cuerpo entero se relajó al ver que la muchacha levantaba la cabeza del regazo del caballero.

Aun así, se preguntaba por qué había reaccionado de aquella manera.

Poco después, se entregaron las recompensas, y le volvió a hervir la sangre cuando otro caballero le pidió un beso a la señorita Shaw. Incapaz de soportar ni un segundo más de esa tortura, Wesley se marchó del salón para tomar un buen trago.

Tendría que esperar al día siguiente para volver a hablar con la bella dama. Para entonces, esperaba haber aclarado sus extraños sentimientos y haber recuperado el juicio.

Cinco

Serendipity se acomodó en el mullido asiento del carruaje, y se giró hacia lord Dayton. Quería preguntarle por qué había desaparecido la noche anterior sin ni siquiera despedirse, pero no podía hablar libremente delante de las demás. Mientras pensaba qué decir, porque sentía que debía decir algo, habló Grace.

—Me alegra ver que ha decidido acompañarnos, lord Dayton. Me gustaría que mi sobrino también hubiera venido —dijo la duquesa de Abernathy, colocándose una manta en el regazo.

—Debo confesar que no ha sido idea mía. —Miró a Serendipity—. La señorita Shaw insistió en que viniera, y fui incapaz de negarme.

—Aun así, me alegra que haya decidido venir. La duquesa sonrió.

Lady Claudia, que estaba sentada al lado de lady Jane, dijo:

—Lo que más me gusta hacer en esta época del año es visitar el orfanato. Me encantaría que mi esposo viniera también.

—Estoy de acuerdo con usted, aunque reconozco que a los hombres no les gusta mucho. Prefieren dedicarse a otras cosas —dijo la duquesa.

Lady Jane sonrió ligeramente.

—Además, ellos ayudan a su manera. Lord Keery ha donado una gran cantidad de dinero para los niños, que estaré encantada de entregar.

—Los pobres necesitan de todo lo que puedan conseguir. —Lady Claudia se dirigió a lord Dayton—. ¿Ha visitado antes el orfanato de Santa Agatha, milord?

Serendipity observaba a lord Dayton con atención mientras la conversación proseguía, y él acabó por darse cuenta de cuál era su destino. Además, no parecía que le molestase lo más mínimo. Ese hecho, hizo que ella sintiese afecto por él. El hombre debía de tener un buen corazón enterrado bajo su áspero exterior.

Lord Dayton se alisó la corbata mientras respondía:

—Lo cierto es que no, pero estoy deseando hacerlo.

Lanzó una mirada curiosa a Serendipity, y ella sonrió sin pudor.

—No hay mejor forma de disfrutar de las alegrías de la Navidad que a través de los ojos de un niño —dijo ella.

Cuando llegaron al orfanato, lord Dayton salió primero del carruaje, y ayudó a las damas a bajarse de una en una. Serendipity fue la última en apearse del vehículo y no se resistió cuando él mantuvo su mano cogida.

Esperaba que estuviera enfadado con ella por no contarle a dónde iban cuando le pidió que la acompañara. Aunque se estaba preparando para su enfado, o al menos, para que estuviera disgustado, no estaba de ninguna de las dos maneras, y eso la complacía.

Aquel hombre tendía a sorprenderla con bastante frecuencia. Primero con el chocolate, luego con el baile y ahora con su buena voluntad para visitar a los huérfanos. Se estaba dando cuenta rápidamente que era mucho más que el hombre reservado y aburrido que pretendía ser, y estaba deseando conocerle mejor.

Quería ir desvelando todas sus capas hasta descubrir qué es lo que había en su corazón realmente.

Sobre todo, ansiaba su compañía.

Siguió sorprendiéndola cuando entraron en el orfanato, y él, el hombre que no celebraba la Navidad, leyó un cuento navideño a los niños. No solo lo leyó, sino que dio vida a la historia poniendo voces a cada personaje, con la voz repleta de emoción e incluso acompañándolo con movimientos y expresiones faciales durante todo el libro.

Lo cierto era que Serendipity nunca se había sentido tan fascinada por ninguna historia.

Cuanto terminó de leer el cuento, cerró el libro y lo dejó a un lado antes de hablar con los niños que estaban sentados a sus pies.

—¿Cuál es tu cuento de Navidad favorito? —preguntó un muchacho de unos seis años.

Lord Dayton sonrió.

—Nicolás, por supuesto.

—¿Por eso lo has escogido? —preguntó una niña pequeña de rizos castaños y pies sucios.

—Eres una muchacha muy lista.

Lord Dayton le guiñó un ojo a la niña y se levantó de la silla. Su mirada se encontró con la de Serendipity, y se acercó a ella seguido por un reguero de niños.

No pudo evitar que la alegría desbordara su corazón, y una amplia sonrisa se dibujó en sus labios. El tipo de sonrisa que podías sentir por todo el rostro. Lord Dayton percibió su alegría, porque le devolvió la sonrisa antes de cogerle la mano.

Se inclinó hacia ella y preguntó en un susurro:

—¿Es hora de los regalos?

—Eso creo —respondió ella. Serendipity se giró hacia los niños—. Sé de buena tinta que la duquesa y sus damas os están esperando en el comedor. ¿Qué os parece si vamos a ver qué están haciendo?

—Sí.

—Oh, por favor.

—Vamos.

—No debemos hacerlas esperar.

Los niños comenzaron a gritar, la emoción de sus vocitas llenaba la sala de muebles relucientes y resonaba por las paredes.

—Vamos pues —dijo lord Dayton mientras los guiaba de una habitación a otra, con Serendipity a su vera y la propietaria del orfanato en último lugar.

Cuando salieron de la habitación, Serendipity preguntó en voz baja:

—¿De verdad «Nicolás» es su cuento navideño favorito?

—Es el único que he leído, así que supongo que sí.

—¿Y cuántas veces lo ha leído? —preguntó ella.

Wesley miró a Serendipity.

—Esta ha sido la primera.

Era justo lo que se esperaba, pero por cómo había narrado la historia, nadie lo hubiera imaginado.

—Lo ha hecho de maravilla.

—El mérito es suyo, señorita Shaw. Me ha contagiado su entusiasmo.

Sus palabras le hicieron sentir orgullo y se acaloró. Parecía que estaba consiguiendo alcanzarle, y con un poco de suerte, empezaría a gustarle esta fiesta.

Cuando llegaron al comedor, Serendipity se unió a Grace y a las demás para ayudar a entregar paquetes de papel marrón atados con lazos de cordel. Cada niño recibió un paquete, y los abrieron con emoción como se esperaba de unos niños, y la gratitud que solo se veía en aquellos que tenían tan poco.

Una calidez inundó su corazón al ser partícipe de su alegría y al saber que gracias a su apoyo, aquellos niños tendrían ropas cálidas y nuevos juguetes, juegos y libros para entretenerse.

Cuando terminaron de repartir los últimos regalos, lord Dayton se alejó de ella. Le siguió con la mirada mientras él se acerca a la propietaria del orfanato. En apenas un minuto, entabló conversación con la mujer.

Era alta y robusta, con el cabello color arena y las mejillas redondas. Iba ataviada con un vestido gris y un delantal blanco que la cubría entera, y llevaba una cofia en la cabeza. Serendipity la miró entrecerrando los ojos, como si al hacerlo pudiera escuchar algo de la conversación.

Qué absurdo, pero no pudo evitar sentir curiosidad.

Entregó un último regalo a un muchacho de unos doce años, y luego se acercó a lord Dayton y a la propietaria. Antes de que pudiese llegar donde estaban, vio cómo le entregaba un monedero de terciopelo a la mujer.

—Es muy generoso, milord —dijo la mujer, las palabras llegaron a oídos de Serendipity. La mujer miró dentro del monedero, y luego le dirigió una sonrisa—. Más que generoso.

—Encárguese de que todos los niños se beneficien, y puede contar con más —dijo lord Dayton con cierta autoridad. Su tono era firme y amable.

—Puede contar con ello, milord. Gracias a su generosidad, tendremos carbón para todo el invierno y tendremos suficiente para llenar los estómagos. Gracias por su amabilidad.

La mujer hizo una reverencia.

—Es un placer ayudar. Ahora vaya a guardarlo en un lugar seguro hasta que necesite utilizarlo.

Él asintió, entonces la mujer caminó hacia la puerta, y lord Dayton se giró hacia Serendipity, que ahora estaba a su lado.

Ella le cogió la mano y se la apretó.

—Eso ha sido muy caritativo por su parte.

—No podía marcharme sin hacer algo más —dijo él.

Serendipity sintió una calidez por su cuerpo mientras miraba fijamente a sus ojos oscuros.

—Ha prometido más ayuda.

—Alguien tiene que encargarse de ellos. Tengo más de lo que necesito, y ellos tienen muy poco. Me parece lo correcto. —Tomó la mano de Serendipity y la enlazó su brazo—. Además, es Navidad.

En ese momento, Serendipity se enamoró profundamente de él.

Seis

Wesley se apoyó contra el marco de la puerta y observó cómo se reunían los invitados alrededor de la chimenea mientras quemaban el tronco de Navidad. Esta era una tradición con la que estaba familiarizado, ya que sus padres siempre participaban en la quema del tronco. Dicho esto, él nunca había puesto demasiado interés en ninguna tradición.

Le parecía demasiado trabajo para los mozos y los lacayos arrastrar un tronco gigante a la chimenea. Y aun así, estaban felices de hacerlo. Qué raro le parecía. Pero suponía que a cada cual, lo suyo. Y en cuanto al hecho de que el tronco trajera prosperidad y protección para el nuevo año... quizá. Desde luego, él no podía quejarse de sus fondos.

Observó a la duquesa de Abernathy y a su esposo, el señor Duffield, dirigir la unción del tronco. La duquesa añadió aceite y el señor Duffield salpicó el tronco con vino antes de que cada invitado tirase un puñado de sal al tronco.

Cuando empezaron a rezar, Wesley se centró en sus reflexiones. Se decía que el tronco quemaba los errores del pasado y permitía un nuevo comienzo, libre de malas decisiones, errores y defectos personales. Suponía que eso sería motivo de alegría, pero dudaba de que los efectos del tronco fueran tan fuertes.

Según su forma de pensar, estaba en lo correcto, porque si uno creía en todo eso, implicaba creer además en todas las suposiciones más negativas. Si el tronco de Navidad tardaba muy poco en quemarse, la casa y sus residentes tendrían mala suerte el siguiente año. Y peor aún, si las llamas proyectaban una sombra sin cabeza, esa persona moriría pronto.

Un escalofrío le recorrió la nuca. Prefería no pensar en todas esas supersticiones. Era demasiado siniestro para su gusto, y prefería mantenerse lejos del fuego.

Aun así, por primera vez en su vida, deseaba un nuevo comienzo que le liberase del pasado.

Su mirada se posó en la señorita Shaw. Sus ojos se encontraron, y ella esbozó una cálida sonrisa. El pulso de Wesley se aceleró como hacía siempre que ella estaba cerca, y tuvo un deseo repentino de acercarse a ella. Caminó hacia ella y hacia el fuego sin ninguna inquietud.

Cuando se situó a su lado, la señorita Shaw, que movía los labios rezando, le cogió de la mano.

Había algo familiar y agradable en su contacto. Es como si hubiera nacido solo para cogerle la mano. Ella accedió a los lugares más oscuros de su alma y los había llenado de risas y luz.

No recordaba la última vez que se había sentido tan vivo. La última vez que se había atrevido a pedirle más a la vida. Ella hacía más intensa su voluntad de vivir y le hacía desear la felicidad.

¿Pero qué podía hacer él? Era demasiado pronto para pedirle matrimonio, y ella volvería a América después de Reyes. Podría viajar a su país e intentar cortejarla allí.

Pero, ¿y sus obligaciones? Tenía una propiedad y un título por los que velar. Agricultores y

sirvientes que contaban con él. ¿Podía dejar todo eso atrás?

El fuego seguía arrastrándose, sus llamas naranjas y azules bailaban alrededor del tronco de Navidad mientras él reflexionaba sobre su futuro. Por primera vez en su vida, el tronco le dio una sensación de esperanza y calidez, en lugar de temor.

Sí, necesitaba un nuevo comienzo. Y en él estaba incluida la mujer que le cogía de la mano en ese momento. De alguna forma, tenía que mantenerla en su vida.

El rezo concluyó y Wesley sostenía la mano de la señorita Shaw mientras contemplaba las llamas. Continuó haciendo lo mismo, aunque los demás invitados comenzaron a salir de la habitación. Cuando la duquesa de Abernathy pasó a su lado, intercambiaron una mirada, y en el rostro de ella se dibujó una ligera sonrisa y a continuación hizo un gesto asintiendo. Tenía la extraña sensación de que sabía exactamente lo que estaba pensando y le estaba dando ánimos.

Quizá lo estaba haciendo. La mujer tenía fama de casamentera y siempre sabía lo que ocurría a su alrededor. Le complacía que hubiera percibido sus intenciones y le hubiera dado el visto bueno, aunque estuviera tomando una decisión equivocada.

Como había soñado, la señorita Shaw envolvió su mano alrededor de su codo. Había comenzado a escoltarla fuera de la habitación pero cambió de idea y se detuvo bajo el marco de la puerta. Miró a su alrededor y se sintió agradecido cuando vio una rama de muérdago colgando encima de ellos.

—¿Suele cumplir todas las tradiciones navideñas? —preguntó él.

La señorita Shaw le miró con un brillo en los ojos.

—Sin duda, milord.

Wesley subió la mirada al muérdago, y cuando ella le siguió con la mirada, él dijo:

—Ahora voy a besarla.

Ella envolvió sus brazos alrededor de su cuello, hundiéndose en su abrazo mientras sus bocas se entrelazaban. El hambre y la pasión con la que ella le besaba, cimentaron sus pensamientos previos. Tenía que quedarse con ella, para siempre.

El mundo desapareció al acercarla más hacia él, al probar su dulce boca, y volcó su corazón y su alma en el beso. Ya tenía claro que la amaba, pero cuando se fundieron en uno, se dio cuenta de que la necesitaba.

Wesley acunó las mejillas de ella con sus manos y las acarició con el pulgar al separar sus labios de los de ella.

—He descubierto lo que más me gusta de estas fiestas —dijo él.

—¿Y qué es? —preguntó ella en un susurro, con los ojos entornados.

—Tú. Lo que más me gusta eres tú.

Una sonrisa se dibujó en los labios de ella.

—Pero yo no soy una tradición, lord Dayton.

—Llámame Wesley.

—Wesley.

Su nombre salió de su boca, y fue lo más dulce que había escuchado nunca.

—Quiero que tú seas mi tradición, Serendipity. Quiero cortejarte. —La abrazó—. Quiero que seas mi tradición favorita, no solo por Navidad, sino para siempre.

Ella descansó la cabeza contra su pecho, y una calidez se extendió por el cuerpo de Wesley. Esto era lo correcto. Ella era lo correcto.

—Yo también quiero eso —dijo ella, y entonces levantó la mirada y sus ojos se encontraron—. Pero cada vez me queda menos tiempo en Inglaterra. Cuando me vaya...

—Calla. —Colocó un dedo sobre sus labios hinchados por el beso—. Viajaré a América para

cortejarte allí. Te seguiré a donde sea, mi ángel.

—¿De verdad? —preguntó ella, con sus ojos verdes repletos de emoción.

—Hasta el fin del mundo. Hasta el límite de la eternidad y más allá. Te seguiré a donde sea y por siempre.

Ella alzó una mano y le acarició la mandíbula. Sus pequeños dedos se deslizaban por su piel acalorada.

—¿Entonces quieres casarte conmigo? —preguntó con un tono suave y provocador.

—Cuando sea el momento, hablaré con tu padre. —Le besó la nariz y luego la frente—. Quiero tenerte a mi lado, siempre.

—Siempre —murmuró ella, mientras él volvía a acercar sus labios a los de ella.

Un canalla para conquistar

Sigue leyendo para leer un fragmento de «Un canalla para conquistar» de Amanda Mariel:



Una dama empeñada en seducir...

Othelia Grantham se casó con el conde de Brighton, un hombre muchos años mayor que ella, para salvar a su familia de la ruina. El conde era amable, pero nunca surgió la chispa del amor entre ellos. Ahora que Othelia es viuda, se ha prometido a sí misma vivir la vida a su manera. Su primera prioridad: no volver a casarse. Su segunda prioridad: experimentar la pasión. Ha puesto

su mirada en el noveno duque de Ashbrook. Es el canalla perfecto para satisfacer su deseo, sin implicaciones matrimoniales.

Un bribón empeñado en cambiar...

Alister Brinsley-Radclyffe, duque de Ashbrook, necesita una duquesa. Una proeza que cualquier duque puede lograr fácilmente, pero incluso con este título, no es suficiente para redimirlo de la reputación que ha construido al entregarse al pecado. Cuando una joven viuda se le acerca con una propuesta escandalosa, no puede rechazarla. Ella podría ser su única oportunidad de salvar sus propiedades. Enseñará a lady Brighton qué es la pasión, y haciendo eso, conquistará su corazón y su fortuna.

Solo uno puede ganar...

Si Othelia se enamora del duque, perderá el control de su fortuna y su libertad. Si Alister no consigue su mano en matrimonio, su legado quedará en ruinas. Cuando el amor verdadero florece, se encontrarán en el límite entre el deber y el deseo. Solo queda una pregunta: ¿quién saldrá victorioso?

Prólogo

Hertfordshire, Inglaterra
Fiesta en el jardín de los duques de Thornes

Othelia Grantham, condesa de Brighton, sorbió su limonada mientras miraba al exuberante césped bien cuidado de la casa de campo de los duques de Thornes. Un montón de gente había acudido en masa a la fiesta que celebraban los duques en su jardín y ahora estaban diseminados por todas partes, disfrutando de refrigerios, remando en barcos y jugando a juegos. El sol iluminaba las colinas que rodeaban la finca, mientras el sonido de pájaros cantando llenaba el aire. La mayoría diría que era una tarde perfecta.

Pero para Othelia era espantosa.

Había pasado los dos años anteriores guardando luto por su esposo, el conde de Brighton, mientras se acostumbraba a ser la condesa viuda de Brighton. Había seguido todas las normas, no por amor a su difunto esposo, porque aunque sí que habían sentido algo de afecto, su matrimonio nunca fue por amor, pero si las siguió fue por respeto a lord Brighton y a los votos que habían intercambiado.

Durante dos largos y odiosos años, había sido la viva imagen del decoro, haciendo exactamente lo que se esperaba de una viuda y la hija de un aristócrata. Ya tenía suficiente de luto y decoro para el resto de su vida, más que suficiente, para ser sinceros. Ya se había sentido preparada para rehacer su vida tras el primer año de luto. Pero no había tenido el valor suficiente. Temía preocupar a su propia familia, y a los hermanos de lord Brighton y a sus respectivas familias, si lo hacía.

Y luego había que tener en cuenta su reputación. Othelia no sentía deseos de volver a casarse, y gracias a la generosidad de su difunto marido, no necesitaba hacerlo. De hecho, le había dejado lo suficiente como para mantenerse por su cuenta. Pero el dinero no le hacía mucha compañía, y si arruinaba su reputación, se le cerrarían muchas puertas.

Aun así, anhelaba aventuras, emociones, pero sobre todo pasión...

—¿Estás bien, Othelia? —preguntó Emma, la vizcondesa de Linley.

—Se te ve un poco decaída —añadió la prima de Othelia, Louisa, condesa de Stone.

Con un suspiro, Othelia dirigió su atención a las damas.

—Solo estaba absorta en mis pensamientos. Pensando en mi pasado y en mi futuro.

—Has sido viuda el doble de tiempo de lo que has estado casada. ¿Quieres volver a casarte? —preguntó Louisa.

—No. —Othelia se humedeció los labios y miró a lo lejos—. Pero es mi ferviente deseo comenzar a vivir. La mayoría de los días siento como si hubiera fallecido el día de mi boda. Una situación que se ha visto agravada por la muerte de mi esposo.

—Esto se está poniendo muy sensiblero —dijo lady Covington—. Estaba pensando en ir a dar un paseo por el jardín. Quizá eso le ayude a aclararse las ideas, lady Brighton. —Sonrió a Othelia y se levantó—. ¿Le apetece acompañarme?

Othelia no conocía muy bien a lady Covington. Solo había visto a la dama en dos ocasiones anteriormente, pero parecía ser muy amable y, al igual que Othelia, también era viuda. Todo lo contrario que su prima Louisa y su amiga Emma, que estaban felizmente casadas. Las quería mucho, pero no llegaban a comprenderla, porque nunca habían tenido que pasar por un matrimonio concertado sin pasión y no sabían lo que significaba ser viuda.

Respondió a la sonrisa de lady Covington con una sutil curvatura de sus labios y asintió.

—Me encantaría.

Othelia se levantó y comenzó a andar hacia los jardines junto a lady Covington.

Cuando llegaron al camino del jardín, la dama le lanzó una mirada de desconcierto.

—Reconozco algo de mí misma en usted. La manera en que habla de su vida y el deseo ardiente en su mirada. Creo que sé lo que necesita.

Othelia frunció el ceño. ¿Cómo podía una mujer, a la que apenas conocía, presumir de saber tanto de ella? Aun así, Othelia no pudo evitar sentir curiosidad y preguntó:

—¿Y qué necesito?

—No me gusta poner palabras en sus labios, lady Brighton. Pero quizá pueda serle de ayuda si me cuenta en qué estaba pensando —dijo lady Covington.

Había una calidez en la mirada de la mujer que hacía que Othelia confiara en ella.

—Mi matrimonio fue concertado y mi esposo era bastante más mayor que yo. No había mucha pasión entre nosotros. —Se mordisqueó el labio inferior y desvió la mirada mientras se armaba de valor—. Quiero recuperar mi vida, tener amigos que me entiendan y acepten mis decisiones, y quiero experimentar la pasión.

—Pero, ¿no quiere volver a casarse?

Lady Covington arqueó una ceja rubia a modo de pregunta.

Othelia sacudió la cabeza.

—No quiero estar bajo el control de un hombre y no hay necesidad para ello, ya que mi esposo me ha dejado lo suficiente como para poder proveerme a mí misma.

—Entonces mis suposiciones son correctas. Tenemos mucho en común. Yo también decidí no volver a casarme por la misma razón y también sufrí un matrimonio sin amor. —Agarró el brazo de Othelia—. Yo le puedo ayudar. Venga conmigo —dijo mientras se giraba con Othelia hacia a la casa.

—¿A dónde vamos? —preguntó Othelia con la curiosidad a flor de piel.

—Esto es algo poco convencional, ya que las reuniones para nuevos miembros se celebran normalmente en la casa de lady Wyndam, o... —Hizo un gesto con la mano desdeñando sus palabras—. Bueno, eso no importa. Vamos a hablar con lady Katherine Wyndam.

Othelia había conocido a la susodicha dama poco después de llegar a la fiesta. Era mayor, con el pelo salpicado de canas y un bastón ornamentado, pero irradiaba confianza.

—Me temo que no la estoy entendiendo —protestó Othelia, parándose en seco.

—Pronto lo va a entender —dijo lady Covington—. Si de verdad quiere una red de apoyo y recuperar su vida, entonces lady Wyndam es la persona que necesita. Lady Covington se dirigió hacia la puerta de la terraza.

Othelia se quedó donde estaba, esperando a que la mujer le explicara algo más. Cuando vio que no lo hacía, Othelia se apresuró para alcanzarla. No tenía ni idea de dónde se estaba metiendo, pero tampoco tenía nada que perder por hablar con lady Wyndam.

¿O sí?

No hubo tiempo para reflexionar sobre el asunto, ya que lady Covington se detuvo frente a lady Wyndam y anunció:

—Le presento a lady Othelia Grantham, condesa de Brighton. Es viuda, como nosotras, y creo que se beneficiaría de su consejo.

Lady Wyndam volvió sus curiosos ojos marrones a Othelia, luego señaló con su bastón a una silla que tenía enfrente.

—Siéntese. Le confieso que estoy impaciente por escuchar su historia.

Othelia miró a lady Covington, quien asintió con firmeza antes de sentarse ella también, y luego sus ojos volvieron a cruzarse con los de lady Wyndam. Tragó saliva, una creciente incomodidad crecía dentro de ella mientras intentaba descifrar a la mujer. ¿Qué quería saber esta mujer? ¿Y por qué compartir sus asuntos privados podría ayudar a Othelia? Con un suspiro, dijo:

—Mi historia.

—Eso es. Cuénteme sobre su matrimonio, y luego veremos qué hacer. —Lady Wyndam se relajó contra el brocado dorado de la silla, su mirada seguía fija en Othelia—. He visto a lord Brighton una o dos veces. No es poco común que un caballero mayor se case con una mujer joven, pero apuesto a que le sacaba algunas décadas.

—Cuatro. Era cuarenta años mayor.

Los labios de lady Wyndam se curvaron en una sonrisa de satisfacción.

—Lo sospechaba. Ahora, cuénteme su historia.

—No fue un matrimonio terrible. Lord Brighton era amable y generoso, pero no nos amábamos... —dijo Othelia ordenando sus pensamientos. Apenas podía creer que le estuviera contando su vida privada a una desconocida.

Lady Wyndam se echó hacia delante, animándola a continuar.

—Está bien querida. Puede confiar en nosotras —dijo y asintió hacia lady Covington.

Lady Covington daba golpecitos en el brazo de la silla con el dedo.

—Como ya he dicho, no somos tan diferentes. Usted, yo, y lady Wyndam —dijo.

—Muy bien —dijo Othelia, y luego prosiguió—. Nuestro matrimonio fue concertado por necesidad, como lo son tantos otros. Un señor y una dama que tienen algo que ganar. Lord Brighton deseaba a una esposa joven que pudiera darle un hijo. Mi familia necesitaba su dinero para salvarnos de la ruina...

Lady Wyndam escuchaba atentamente mientras Othelia resumía los eventos de los tres años y medio anteriores. Finalmente, Othelia dijo:

—Y ahora que ya he pasado el duelo estoy preparada para tener una nueva vida. Quiero amigos que me entiendan, aventura y pasión.

Lady Wyndam se puso seria, con la mirada afilada y los labios apretados mientras estudiaba a Othelia. Entonces preguntó:

—¿No quiere volver a casarse?

—Desde luego que no —dijo Othelia, con un tono lleno de convicción—. Quiero ser mi propia dueña y señora por encima de todo. Aunque me he planteado tener algún amante. —Sus mejillas se ruborizaron al admitirlo y tuvo que desviar la mirada a la alfombra de Aubusson que tenía bajo sus pies—. Deben pensar que...

—Para nada —dijo lady Wyndam golpeando con su bastón en la puerta, interrumpiendo a

Othelia—. Creo que sabe muy bien lo que piensa y lo que quiere. Eso le hace muy afortunada. — Se inclinó hacia ella y continuó—: Además, creo que usted sería una incorporación maravillosa a nuestro club de viudas. Solo tiene que aceptar las normas y pagar las cuotas.

—Club de viudas. —Othelia sonrió—. ¿Y cuáles son esas normas exactamente?

—En primer lugar, tiene que prometer no hablarle a nadie sobre el club. —Lady Covington señaló a Othelia con su abanico de seda—. ¿Promete guardar nuestro secreto, al igual que guardaremos nosotras el suyo?

—Tiene mi palabra —juró Othelia—. Su secreto está a salvo conmigo.

Lady Wyndam se levantó, su bastón volvió a golpear el suelo.

—Entonces, venga conmigo. Le contaremos todo y cobraremos su cuota. Cuando terminemos de hacer todo eso, la ayudaremos a encontrar a un amante. —Le hizo un guiño cómplice—. Tengo unos cuantos canallas en mente que creo que podrían servir.

La emoción invadió a Othelia mientras salía del salón detrás de las damas. Su vida había cambiado, aunque no sabía muy bien cómo. Lo que sí sabía era que había forjado una alianza con aquellas mujeres y sospechaba que les iba a estar agradecida de por vida.

Por el momento, se sentía eufórica al pensar que el resto de su historia estaba a punto de comenzar.

Sobre la autora

Amanda Mariel, autora bestseller de *USA Today*, sueña con días pasados cuando la vida transcurría a un ritmo más lento. Disfruta escribiendo y explorando diferentes periodos históricos a través de su imaginación y de la escritura. Cuando no está escribiendo, se dedica a leer, a hacer crochet, a viajar, a poner en práctica sus habilidades fotográficas, o pasar tiempo con su familia.

Visita la web www.amandamariel.com para más información sobre Amanda y sus obras. Inscríbete en el boletín informativo de Amanda y mantente actualizado sobre todo lo relacionado con la autora, ¡y recibe un ebook gratis!

¡A Amanda le encanta saber sobre sus fans! Escríbele un email a amanda@amandamariel.com o búscala en las redes sociales:

Facebook: facebook.com/AuthorAmandaMarie1

Twitter: twitter.com/AmandaMarieAuth

BookBub: bookbub.com/authors/amanda-mariel

Instagram: instagram.com/authoramandamariel

Agradecimientos

Gracias por tomarte el tiempo para leer «Bailando con Serendipity».

¡Tu opinión cuenta!

Por favor, dedica un momento a reseñar el libro en tu página de reseñas favorita y comparte tu opinión con los demás lectores.



~Romances históricos conmovedores que te dejan sin aliento~